

Stephen Williamson, antropólogo y arqueólogo, se paró junto a la barandilla del Morning Star y observó cómo la tenue forma gris del bote se despojaba de su nebulosa indistinción mientras el sol penetraba en la niebla y arrojaba sus rayos a través de las relucientes bordas. Desde donde estaba Williamson, los ocupantes del barco eran claramente visibles. Estaban sentados, inmóviles, en actitudes grotescas, y cuando Williamson los saludó, no respondieron. Williamson se inclinó hacia adelante por encima de la barandilla, estudiándolos atentamente con los ojos inyectados en sangre. Entonces, de repente, su cuerpo se puso tenso y un frío horror descendió sobre él. Se volvió abruptamente, ahuecando las manos y gritó una advertencia frenética al primer oficial, que estaba de pie con bastante indiferencia en medio del barco, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones.

—¡Mantente alejado! Por el amor de Dios...

—¿Qué es eso? —el oficial se acercó a la barandilla y miró ansiosamente por la borda. Pero desde donde estaba parado el barco no era visible.

Se vio obligado a repetir su consulta a Williamson, que ocupaba, por el momento, el cargo de guardián del barco. Abajo, en su camarote, el capitán deliraba, impotente, con el cerebro trastornado por el licor y la fiebre.

—¿Qué dijiste, Steve?

—Dije: ¡mantente alejado!

—¿Por qué?

—Cólera, creo. De todos modos, ¡es espantoso! Una trampa mortal. Manténgase alejado de ella.

En un momento, el piloto estaba al lado de Stephen, mirando con horror el bote y su contenido. Iba a la deriva en un gran oleaje, con el timón torcido y un rastro de musgo marino, los remos cubiertos con sal apelmazada y un ingrediente más oscuro y perturbador que, desde la distancia, parecía sangre. El oficial agarró a Williamson del brazo.

—Han estado muertos durante semanas —murmuró con voz ronca—. Todos ellos. No son más que esqueletos —escupió para ocultar su emoción—. Todos ellos. Dios, Steve.

—¡Mira allí! —Williamson había levantado el brazo y apuntaba con entusiasmo al más alto de los siete esqueletos.

El oficial se sintió mareado de horror. Un sonido ahogado y gorgoteante salió de su garganta, y su mano se apretó sobre el brazo de su compañero hasta que este último gritó en estridente protesta.

—Tranquilo, Jim —y luego, después de una pausa—. Fue canibalismo. Nada más. Pero puedo entenderlo, Jim. Si los pobres diablos estuvieran locos, locos...

—Pero la cabeza... —protestó histéricamente el compañero—. No pudieron comer eso. ¿Por qué le cortaron la cabeza?

El hombre decapitado estaba sentado muy erguido. Iba vestido con unos pantalones grises manchados, de textura de lana, y una tosca camisa de marinero de rayas blancas y negras abiertas hasta la cintura. Sus pies estaban descalzos y quemados por el sol. Un brazo, cortado a la altura de la muñeca, colgaba tristemente junto a los remos, subiendo y bajando con el lento y aceitoso oleaje. El otro estaba extendido, como si, en el instante de la muerte, se hubiera esforzado por evitar el ataque de algo maligno e indecible. En varias partes del pecho expuesto y velludo había manchas oscuras y ominosas. Los músculos del torso se destacaban tan rígidamente en la penumbra que eran discernibles a una distancia de quince metros.

Pero, a pesar de sus mutilaciones e imperfecciones, el hombre sin cabeza era fácilmente la figura más dominante del barco. Los otros ocupantes estaban en un estado extremadamente lamentable. Se echaban contra la borda en actitudes de abyecta desesperación: meras cáscaras de piel flácida sobre huesos protuberantes, con rostros como calaveras y brazos rígidos e inmóviles. El mar se había salido con la suya. No estaban simplemente muertos; estaban empezando, lentamente, a ennegrecerse, marchitarse y pudrirse.

—No es cólera —dijo Stephen con gravedad.

El oficial asintió.

—Tienes razón, supongo.

Su voz sonaba hueca y desconocida incluso para sus propios oídos. La extrañeza de su timbre lo horrorizó. Miró casi histéricamente a su compañero. ¿Cómo, se preguntó, podía el hombre permanecer tan tranquilo? Hasta ese momento se había sentido tan emocionado, sin embargo, ahora, de alguna manera, el científico en él estaba a la altura de las circunstancias, mostrando seguridad y aplomo.

—Será mejor que bajemos un bote —dijo Stephen con decisión—. Quiero saber

exactamente qué pasó. Es absolutamente espantoso, pero tengo que saberlo.

Treinta minutos después, un científico decididamente mareado cruzó la cubierta del Morning Star. Cruzó la cubierta en un estado de embriaguez y se agarró a la barandilla hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Por un momento se quedó mirando un barco de guerra portugués que se deslizaba sobre el mar aceitoso, con la mirada clavada en el pólipo extrañamente hermoso hasta que desapareció en la bruma púrpura que bordeaba el horizonte. Luego, bruscamente, giró y se enfrentó al escrutinio inquisitorial del oficial.

—¿Bien?

—Le dije a Harris que pusiera... que cosiera sábanas sobre los cuerpos —dijo Stephen con voz fría y sin vida—. Lo mínimo que podemos hacer es darles un entierro decente.

El compañero se estremeció.

—Espero que podamos terminar con esto pronto. Una tripulación de hombres muertos no se ajusta a mi fantasía. Si el capitán los viera, en su condición, ya sabes, no sería agradable. Le dije a Simpson que vigilara al anciano.

—Estoy más preocupado por la tripulación —dijo Stephen lentamente—. Han estado murmurando desde que subimos los cuerpos a bordo. No sé si los culpo. Si pudieran ver este diario —Stephen se golpeó el bolsillo significativamente—. Podrían... enloquecer. Para decirte la verdad, Jim, me ha asustado. No sé qué pensar.

El compañero se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Es un galimatías loco, Steve —murmuró—. Pasaron por un infierno, al parecer, y supongo que este tipo, Henderson, se quebró por la tensión. Siendo un oficial y un caballero, bueno, cualquiera podía ver que era sólo un niño asustado. No creo que haya visto nunca el rostro del hombre tan demacrado y desesperado.

Stephen extrajo del bolsillo un cuaderno de notas y empezó a tocar nerviosamente las páginas.

—Hay cosas aquí, Jim —dijo—, que no puedes discutir. Descripciones, detalles. Estoy convencido de que esos hombres se encontraron con algo espantoso. Ningún lunático enloquecido por la sed podría haber sido tan diabólica e inhumanamente lógico, y valientemente sereno hasta el final. Esta entrada muestra de qué estaba hecho ese niño.

Stephen había abierto el cuaderno y, mientras el oficial miraba en silencio hacia el mar casi inmóvil, comenzó, lentamente, a leer:

Quieren nuestros cerebros. Anoche, uno de ellos se puso en contacto conmigo. Apoyó su rostro frío en mi frente y me habló. Pude entender todo lo que decía. Una muerte terrible nos espera si no les obedecemos. Quieren a Thomas. No debemos intentar frustrarlos o resistirlos cuando vengan a por él.

Vinieron por Thomas anoche. No se llevaron todo de él. Ahora está sentado frente a mí. Puedo ver sus anchos hombros y espalda mientras escribo. Están terriblemente perfilados contra el resplandor del atardecer, y se imponen con una viveza terrible. Su presencia es un horror perpetuo, pero no nos atrevemos a tirarlo por la borda. No lo aprobarían.

Estoy perfectamente cuerdo. El horror no ha embotado de ninguna manera mi percepción de las realidades visibles. Sé que estoy a la deriva en el Pacífico, a ochenta millas, quizás, de la costa de El Salvador, y que me veo obligado a soportar la presencia de un cadáver sin cabeza y cinco tontos cobardes que farfullan y gimen como babuinos simplemente porque les falta tripa y no tienen suficiente agua. Mi propio estoicismo me desconcierta. ¿Por qué no me tiembla la mano mientras escribo? ¿Cómo puedo permanecer tan observador, tan tranquilo? Puede ser que haya perdido toda la capacidad de sufrir. Hemos pasado a un mundo extraño y absolutamente incomprensible que hace que los miedos y las agonías de la vida común parezcan curiosamente impersonales y remotas.

Hemos abandonado toda esperanza de un posible rescate. Nada puede salvarnos de ellos. Es asombroso lo mucho que me he resignado a lo inevitable. Hace tres días estábamos tan confiados como el diablo. Hasta bromeamos cuando el Mary O'Brien se hundió. Red Taylor lo calificó como una inmersión elegante. Bajó la proa primero. Fue un espectáculo enormemente impresionante. El agua a su alrededor fue una vorágine blanca durante cinco minutos completos.

—Hay sólo unos kilómetros hasta la costa —les dije—, y tenemos agua suficiente para dos semanas. Remaremos en relevos.

Entonces descubrimos a estos seres. Son rechonchos y viscosos, con largos brazos gelatinosos y horribles rostros de murciélago. Pero tengo motivos para sospechar que pueden cambiar su forma a voluntad. Durante horas, nuestros oídos fueron asaltados por un zumbido horrible y enloquecedor, y luego... los vimos. Los vimos brillar a la luz de la luna. A nuestro alrededor, el mar estaba alfombrado con sus rostros luminosos y malignos. No había nada que pudiéramos hacer. Estábamos indefensos, atónitos.

No son animales. Están dotados de una inteligencia fría y sobrenatural. Nos hemos hundido en aguas extrañas. Nuestra brújula gira de manera tan enloquecedora que es

inútil como guía. Tengo una teoría, increíble, fantástica, que lo explicaría todo, pero no me atrevo a confiársela a los demás. No lo entenderían. Están convencidos, incluso ahora, de que las cosas son peces fantásticos. No saben que me he comunicado con ellos. No me vieron la última vez, de noche, cuando dejé el bote y me fui con ellos al abismo.

Fueron engañados por la presencia de mi cuerpo físico, que se quedó con ellos en el bote. No sospecharon que había descendido al oscuro y frío abismo.

Los seres eran extrañamente reticentes. Simplemente me confiaron que querían el cerebro de Thomas. Parece que se alimentan de cerebros humanos, y de todos nuestros cerebros, el de Thomas es el más finamente organizado. Es compacto, imaginativo, sensible. Él es un semianalfabeto, pero su cerebro es de primera clase. Lo que les interesa principalmente no es tanto la cultura que ha adquirido un cerebro, sino simplemente su inteligencia desnuda. Experimentan nuevas emociones y sensaciones extrañas y vívidas cuando se alimentan de cerebros humanos vírgenes, pero en realidad no comen nuestros cerebros, sino que los chupan, los absorben, se envuelven con fuerza alrededor de cabezas humanas y succionan el contenido del cráneo a través de los ojos y las fosas nasales.

No siempre se llevan las cabezas. En ocasiones, simplemente extraen el cerebro mientras la víctima está dormida. En tales casos, el pobre infeliz seguramente despertará como un loco delirante. Un maniático. La otra forma es más misericordiosa. Me alegro de que le cortaran la cabeza a Thomas y se la llevaran. La presencia de su cuerpo es un horror y una locura, pero es reconfortante saber que ha dejado de sufrir. Los hombres están mostrando los efectos de la tortura. Brett ha estado lloriqueando lastimeramente durante horas y Lang está tan indefenso como un bebé. Quieren arrojar el cuerpo de Thomas al mar, pero no daré mi consentimiento.

Viven en el fondo del mar y no son parte de nuestro mundo familiar. Habitan en otra dimensión. Por alguna inexplicable desgracia, hemos pasado a otra dimensión del espacio. Hemos pasado a una extensión de lo tridimensional. La existencia de estas criaturas confirma las especulaciones más descabelladas de los teósofos y místicos, que han sostenido persistentemente que el hombre no es el único habitante inteligente del globo, que hay otros mundos incidiendo en el nuestro. Por encima de los mares familiares del mundo se imponen otros, invisibles, habitados por formas extrañas y horribles completamente diferentes a todo lo que conocemos. No hay simplemente un Océano Pacífico. Ocupando el mismo espacio en otra dimensión hay infinitos Pacíficos, habitados por formas extrañas con poderes ocultos y malévolos. Inexplicablemente, navegamos hacia uno de estos mundos invisibles.

Es un mundo muy terrible. Sus habitantes son más malignos que los vampiros. Se abalanzan sobre los cerebros de los viajeros perdidos del Pacífico tridimensional.

Me había quedado dormido de puro cansancio cuando vinieron a buscarme y me obligaron a seguirlos a través de las profundidades hasta su extraña ciudad iluminada por el azul en el fondo del mar.

Mi cuerpo permaneció en el bote, pero mi cerebro estaba con ellos en el fondo del mar. Pueden separar temporalmente el cerebro del cuerpo sin ningún tipo de ruptura física. Tuvieron cuidado de explicarme por qué no debería compartir el destino de Thomas. Ellos me necesitan. Se me ha ordenado que proteja el cuerpo de Thomas, para evitar que los demás lo arrojen al mar.

Otro barco ha pasado a este mundo extraño y espantoso. En él hay un cerebro que codician, un cerebro extraordinario, el de un científico y un poeta. Desean absorberlo mientras está en llamas. Cuando pueden absorber un cerebro altamente evolucionado que está en un tono de excitación salvaje, experimentan el éxtasis más intenso. Están constituidos de forma tan peculiar que son capaces de obtener el placer más penetrante de este modo. En nuestro mundo, manifestaciones raras o extrañas de energía como el radio, los rayos cósmicos y cosas de ese tipo reaccionan de manera más violenta sobre los organismos terrestres y es muy concebible que en este otro mundo el tejido animal, especialmente el altamente evolucionado que se encuentra en el cerebro humano, reaccione con una intensidad similar sobre las sustancias corporales extrañas de estas criaturas.

El científico, el hombre que viene, tiene un cerebro que los excita inconmensurablemente. Están decididos a asustarlo e inflamarlo, y piensan que si su poseedor encuentra a Thomas sentado erguido en el bote, decapitado y espantoso, lo hará convertirse en un manjar raro y brindarles el más exquisito éxtasis. Me han pedido que los ayude y no me atrevo a negarme. Pero al menos puedo registrar lo que sé y sospecho en este libro, y si no es un tonto ciego lo hará esforzarse por escapar.

Sin embargo, temo que esté perdido, irremediablemente y sin esperanza.

Como nosotros, de alguna manera misteriosa ha pasado a otro mundo. La nave que lo lleva ha sido arrastrada, succionada por un gran vacío o respiradero en un espacio tridimensional y ahora se encuentra en un mundo completamente extraño. Un mundo negro y abismal. Nada en la Tierra puede salvarlo. Su inteligencia desnuda, tal vez, pero nada en la Tierra. Los devoradores de cerebros no lo perdonarán.

Se sujetarán a su cráneo y se lo dejarán seco. Sus ojos se sacarán de sus órbitas, y su cerebro se derretirá y se disolverá como sebo al sol. Sus bocas húmedas y oscuras...

Estoy muy enfermo. El océano a mi alrededor está alfombrado de caras maliciosas. Los demás también las ven. Brett se encoge, gime y echa espuma por la boca como un epiléptico, y Adams se ha derrumbado contra la borda. Su rostro es una máscara cadavérica. No hay nada que podamos hacer o decir. Nos sentamos sin vida junto a los

remos y miramos el cuerpo espantoso de Thomas, que se ha convertido en una burla, una amenaza. He renunciado a toda esperanza...

Williamson cerró el cuaderno y miró ansiosamente al hombre que estaba a su lado.

—¿No dirías, Jim, que hay algo de verdad en esto?

Jim parecía muy enfermo.

—No lo sé. Es todo tan extraño... asombroso. Si hay algo de verdad, es tu cerebro lo que buscan.

Williamson asintió.

—Te diré lo que voy a hacer, Jim. Voy a dormir en cubierta esta noche. Subiré mi catre y dormiré aquí. Me sentiré más seguro, de alguna manera, en cubierta.

El compañero bajó la cabeza.

—Yo haría eso —dijo simplemente.

Era pasada la medianoche cuando Williamson se despertó y se sentó. La luz de la luna formaba rayas brillantes y luminosas sobre su catre y las tablas mojadas de la cubierta. Los botes salvavidas se destacaban audazmente en la luz plateada, y desde donde él yacía, se veían claramente tres enormes barriles de agua y una gran pila de cuerda alquitranada. Al principio, Williamson sólo vio estas formas familiares y oscuras; los barriles de agua, la cuerda, los botes salvavidas meciéndose con el viento. Luego, lentamente, se dio cuenta de algo oscuro y engorroso, algo opaco que oscurecía su visión y ocultaba una parte del segundo barril, algo que hizo una abolladura en forma de pastel en la pila de cordaje. Se frotó los ojos; lentamente, al principio, luego violentamente, histéricamente. Una forma oscura se aferraba a la pesada red sobre su cama.

Por un momento la miró con total desconcierto. Entonces se apoderó de él un gran horror y se encogió contra las almohadas. Se aferraba a la red y se movía hacia atrás y hacia adelante como un gran escarabajo. Era una mancha en movimiento que ocultaba las estrellas, una mancha oscura y fétida contra la luna espectral.

Las náuseas brotaron de él. Empezó a levantarse y luego, de repente, se sintió enfermo de un terror incalculable. La fuerza disminuyó de sus miembros y su mente se negó a funcionar. Se quedó tendido boca arriba sobre las toscas sábanas, demasiado afectado para moverse o gritar. La cosa estaba cambiando lentamente de forma.

Asumía un contorno más definido, se volvía más maligna y ágil. Los ojos de Stephen la siguieron, impotentes, mientras se movía arriba y abajo de la red. Estaba adquiriendo visión. Estaba adquiriendo la repugnante capacidad de devolverle la mirada. Dos puntos luminosos brillaron malévolamente hacia él desde su masa que se arrastraba.

Era globular y húmedo. De su cuerpo oscuro como un saco pendían ocho tentáculos que se retorcían. ¿O eran extremidades? Era imposible estar seguro. Se estaban tejiendo de manera enloquecedora, en un momento se hincharon de circunferencia y luego se volvieron tan increíblemente finos que parecieron fusionarse con la malla de la red que los sostenía. Pero que los brazos terminaban en manos delgadas, como garras, no lo dudó ni por un momento. Las manos eran demasiado visibles, demasiado siniestras. Manipulaban la red, como si quisieran separarla.

Se las arregló, de alguna manera, para incorporarse sobre los codos, para extender, de manera tentadora, su garganta expuesta. No era la muerte lo que temía. Era la tortura, el suspenso. Ya no podía soportar mirar a los ojos del horror. Había soportado con agonizante fortaleza la vista de su boca babeante, como de murciélago, y el olor a putrefacción, el hedor a mar que emanaba de ella; e incluso las manos fétidas y descarnadas con sus dedos largos y luminosos no lo habían incitado a la rendición completa. Pero sus ojos contenían una amenaza que no se podía eludir ni soportar. No quería que se acercaran más. Si las manos se abrieran paso y los ojos se acercaran...

Era mejor entregarse sin reservas a las manos. Así que se incorporó apoyándose en un codo y desnudó su garganta. Pasó un minuto entero antes de que percibiera que se había equivocado y que las manos no buscaban su garganta.

Estaban ocupadas en recuperar de la cubierta mojada un objeto grande y redondo de apariencia inquietantemente familiar. Evidentemente, la cosa se había visto obligada a dejar este objeto por un momento para facilitar su ascenso a la red sobre la cama de Williamson, y ahora estaba decidido a recuperar su espantoso trofeo. Lenta, deliberadamente, levantó el objeto en sus brazos terriblemente delgados, acariciándolo y acariciándolo, manteniéndolo muy cerca de su boca húmeda y bulbosa. Y en ese mismo instante, un horrible zumbido, como el de enormes motores en alguna planta de energía, golpeó amenazadoramente el oído de Williamson. Sin embargo, no fue el zumbido lo que hizo que Williamson gritara desde la cama y cruzara la cubierta en una carrera recta hacia la barandilla. Era algo mucho más insoportable que cualquier sonido en la tierra.

Era la visión de un rostro, de mejillas azules y torturado, con barba roja enmarañada y ojos blancos, sin pupilas, un rostro angustiado, pero inmóvil, un rostro que hacía muecas y fruncía el ceño, y sin embargo permanecía extraña, alarmantemente impasible, el rostro de un hombre muerto. Había manchas oscuras sobre las sienes, y el cabello enmarañado y la barba estaban coagulados de sangre. La cabeza no tenía cuello. Parecía flotar en el aire. En realidad, sin embargo, estaba sostenido con mucha

firmeza en los brazos terriblemente delgados de algo que quería el cerebro de Williamson, que quería hacerle a Williamson lo que le había hecho al objeto que estaba exhibiendo con tanto orgullo. Le estaba mostrando el objeto sin vergüenza porque quería aterrorizarlo. Quería volver loco de miedo a Williamson para que pudiera adherirse a su cerebro inflamado y secarlo.

El oficial, de pie sobre el puente, estaba al tanto del peligro de Williamson. Había visto al científico despertar de un sueño inquieto y había visto la forma oscura moverse hacia adelante y hacia atrás por encima de la cabeza de este último. También había observado, con auténticas arcadas, el objeto oscuro y redondo en la cubierta, antes de que el horror lo reclamara. Era un hombre imaginativo, y su cerebro, en ese momento, estaba tan agitado como el que codiciaba el horror. Pero una poderosa ola de furia contra lo que había surgido del mar borró el miedo de su mente. El cañón del rifle en su mano brillaba como una larga vela azul a la luz de la luna. Lentamente, con una deliberación casi histérica, se llevó el arma al hombro y apuntó.

El horror chilló dos veces estridentemente cuando la bala atravesó su oscuro cuerpo. Cayó de la red, se enroscó en una bola y rodó en diagonal hacia los imbornales. Al pasar sobre la cubierta, dejó un fino rastro azul de limo fosforescente en las tablas mojadas. Williamson se apartó de la barandilla, a la que se había aferrado, y alzó una cara angustiada hacia el puente.

—Es inútil —chilló—. ¡Son demasiados! ¡Nos han abordado! ¡Me voy!

Empezó a trepar por la barandilla; y luego, de repente, su pie resbaló y cayó con un ruido sordo. Cuando se incorporó de nuevo a una postura sentada, sostenía algo oscuro y redondo entre las manos y farfullaba como un loco.

—¡El cerebro no está! ¡Todo succionado, nada adentro! ¡Dios mío!

Dos manos fuertes descendieron sobre los hombros del compañero y, abruptamente, sin piedad, fue empujado a un lado. Una figura alta, vestida con un impermeable reluciente y húmedo ocupó su lugar en el puente. Los ojos del compañero se abrieron de manera desconcertante.

—Capitán Sayers —murmuró—. Capitán Sayers...

Pero el capitán lo ignoró. Gritaba órdenes a todo pulmón.

—¡Muévanse! —gritó—. ¡A largarse de aquí!

Parte de la tripulación había salido de las escotillas y corría rápidamente en respuesta a las órdenes del capitán. Después de un momento se volvió hacia el jadeante compañero.

—Saldremos de esto. Haz lo que te digo, y saldremos de esto. Sé lo que pasó. Estamos en la dimensión equivocada. Estuve en ella, una vez, hace años. No hay nada que temer si haces lo que te digo. Sé cómo conducirla. Cinco pistas a la derecha, un giro a la izquierda y estaremos fuera. Lo sé. He estado en contacto con ellos durante años. Soy psíquico.

—Estás loco —gimió el compañero—. ¡Loco de atar!

El capitán se había apartado del lado del oficial y corría frenéticamente hacia el timón.

—¡Mantenlo firme! —gritó por encima del hombro—. Diles que cuadren. No puedo poner demasiado, ¿me oyes?

El oficial asintió.

—Vale la pena intentarlo —murmuró para sí mismo—. Síguelo. No hay nada que perder. Quizás esté en contacto con ellos. Los locos son psíquicos. Saben cosas que nosotros no —levantó la voz—. Por el amor de Dios, hombres, sean rápidos. Hagan lo que dice el capitán. Es nuestra única oportunidad.

El gran barco revoloteaba y temblaba siniestramente, cada vela en su tenso con la brisa, mientras que del océano se elevaba un zumbido como ningún hombre en su sano juicio podría soportar con entereza. El piloto sintió que su razón se tambaleaba, incluso cuando la razón del capitán se había ido, incluso cuando la mente del pobre Williamson había sucumbido: el pobre Williamson, que estaba en cuclillas, desesperado en la cubierta, su mano derecha soportando un horror de horrores, y su rostro un máscara distorsionada en la luz espectral.

Pero finalmente lo lograron. El barco, bajo la dirección del capitán, viró de forma extraña sobre las oscuras aguas. Giró y se elevó sobre un oleaje montañoso, e incluso cuando el capitán gritó órdenes en el oído atento del timonel asustado, el zumbido y los chillidos disminuyeron en volumen. Uno a uno, los horribles rostros luminosos se desvanecieron de los mares. El viento amainó y el barco flotó serenamente en un océano tridimensional.

Cuatro horas más tarde, el sol salió sobre las colinas costeras e inundó el océano con una luz azafrán. Williamson, sereno y en paz, permaneció en silencio junto a la barandilla y miró con gratitud la forma tendida del capitán Sayers. El capitán yacía dormido en la cama que el científico había dejado libre la noche anterior en circunstancias que el piloto no podía soportar recordar. Pero Williamson era el valiente ahora. Se atrevió a recordarlas. Agarró el brazo del compañero y sonrió débilmente.

—Me alegra que hayas decidido obedecer al capitán —dijo—. Nada más podría habernos salvado. Fue una decisión heroica. El capitán lo sabía. Estoy convencido. Los hombres a quienes el mundo llama locos, a menudo están en armonía con lo invisible, lo oculto. Ellos ven cosas que están ocultas para nosotros. Y el capitán lo sabía.

El oficial asintió.

—Me alegro que no te hayan quitado el cerebro, amigo. Es un instrumento demasiado valioso. Aparte —agregó con una sonrisa irónica—, puedes seguir con tu trabajo ahora. Puedes conseguir toda esas cosas sobre los mayas que te perdiste el último viaje.

—No escribiré sobre los mayas —dijo Stephen con decisión—. Tengo mucha más información importante que transmitir. Mi próximo libro se ocupará de ellos.

El compañero frunció el ceño.

—Nadie te creerá.

—Quizá no. Pero estoy decidido a plasmar ese horror en el papel. Alguien, en algún lugar, puede leerlo y comprenderlo.

El oficial negó con la cabeza.

—Tus amigos científicos se burlarán de ti.

El rostro de Stephen se puso serio.

—Que se burlen —murmuró—. El conocimiento de que tengo razón me sustentará —Se irguió—. Dios, pero fue una gran experiencia. Ahora sé que el mundo no es el pequeño y bonito como siempre hemos pensado. Más allá están los apetitos cósmicos, una voracidad implacable, Jim. Me gusta aventurarme y explorar. Tal vez, algún día, consigan mi cerebro, pero mientras tanto...

El compañero sonrió con simpatía.

—Puedo adivinar cómo es —dijo—. No hay ningún marinero que este lado del Cuerno no pueda entender. Siempre anhelas lo que hay a la vuelta de la esquina.

—O en el lado oscuro de la luna —corrigió Stephen con una sonrisa melancólica.